

Conociendo el rey la insignia, Y le alcanzaron de Dios
 Del caballo se descende, Que vencido no se viesse!
 Y en el suelo de rodillas
 La saluda de esta suerte: „Á vos y ante vos consagro,
 „Como á quien tan bien se deben,
 „¡O estandarte poderoso Estos despojos de guerra,
 De aquel varon excelente, Y en vuestro templo se cuelguen.“
 Que fue muro de Castilla
 Y cuchillo de la muerte, Y en diciendo estas razones,
 Mandó que los presos suelten,
 „De quien tembló la morisma, Y toda la presa junta
 Quien deshizo sus poderes, Al bendito abad se se entregue
 Quien venció muerto al rey Bucar, Por amor y reverencia
 Y tuvo vasallos reyes, Del Cid, á quien se la ofrece,
 „Á quien hablaban los santos, Reconociéndole muerto ;
 Y le acompañaban siempre, Que nunca su nombre muere.

Aquí con este romance termina la larga serie de los relativos al Cid y á los reyes bajo cuyo reinado vivió. Los comprendidos en esta coleccion pasan de ciento. Bien podrian estos subir en número considerablemente con añadirles las imitaciones modernas de cantares antiguos, y todos los que sobre iguales argumentos compuso Lorenzo de Sepulveda. Yo me he reducido á insertar solo algunos de estos, aludiendo á otros en mis notas. En cuanto á las colecciones destinadas especialmente á los romances del Cid, ya dejo hablado de ellas en la introduccion á esta obra. Va mucha diferencia de una á otra de las tales colecciones, siendo en mi entender la mas completa la hecha por Duran (Don Agustín) en su Romancero de romances caballerescos y históricos, y despues por Ochoa en su Romancero. Pero yo no he creído conveniente ni admitir aquí todos los romances publicados por los citados recopiladores, ni dar á los que publico el mismo orden de colocacion que les da Duran.

Por mucha veneracion que tengan en España á la memoria del Cid (mirado ahí por algunos casi como un santo, cuyo cuerpo está dotado de la facultad de hacer milagros), no ha faltado un poeta español que haya intentado desacreditar semejante modelo ideal de heroísmo, si bien otro poeta su compatriota tomó con acaloramiento y hasta con cólera la defensa del héroe de su patria. Con esta respuesta apologética (harto inútil por otra parte) concluye Duran su serie de romances del Cid. En la composicion á que ahora se hace aquí referencia exclama el poeta furioso:

¿ Cual diablo te engaño,
 Poeta con pies de caña,
 Á tratar del noble Cid,
 De sus sucesos y casa?
 ¡ Plega á Dios sobre tus obras,
 Á trueco del mal que hablas,
 Tantas cámaras te den
 Que entrar no puedas en cama! **D.**

Mal puede convenirse con el Señor D. en que los versos que acaba de citar, y en los cuales está alabado el Cid, y reprehendido un mal poeta, manifiesten estar furioso ó colérico quien los compuso. En el estilo de la composicion y en el mero juego de vocablos con que acaba, mas se nota burla grosera que ira. Ni parece que el poeta reprehendido hubiese vituperado al Cid, sino que, siendo en sentir de su censor de fuerzas endebles, acometió obra que no podia llevar bien á cabo. Fuera de esto era mal uso de fines del siglo XVI. y principios del siguiente hacer composiciones burlescas sobre menos heroicos y esclarecidos personajes. Góngora y Quevedo pecaban mucho en este punto, teniendo por compañeros en su culpa á otros muchos autores así conocidos como desconocidos. Calderon compuso alguna comedia burlesca.

Del poema antiguo sobre el Cid va hecha mencion mas de una vez en esta obra. Ha habido quien ponga en duda su remota antigüedad, pero con escasa razon, declarándola mas que otra cosa la tosquedad del lenguaje y estilo. El Doctor Dunham en su Historia de España, escrita en ingles como parte de la gran coleccion titulada Ciclopedia del Doctor Lardner pretende que el poema del Cid fue escrito casi en los mismos dias en que escribió sus obras Gonzalo de Berceo, dando por fundamento á su conjetura la semejanza de estilo y diction entre una y otras composiciones. La Historia de que ahora se hace aqui mencion es obra de mucho mérito, y su autor de los mas entendidos en todo quanto toca á las cosas, leyes y literatura de España; por lo qual es mas notable su yerro, siendo esto una prueba de que el mas docto y agudo suele errar, cuando juzga obras extrangeras. Cabalmente por lo desemejantes que son en las formas se ve que no pueden haber sido contemporáneos Berceo y el cantor antiguo del Cid. En las obras de Berceo hay versos, como por ejemplo los dos segundos de la segunda cuarteta de uno de sus poemas:

Manaban cada canto fuentes claras, corrientes,
 En verano bien frias, en invierno calientes,
 que, compuestos hoy mismo, no lo serian con otras expresiones. **No**

asi en el poema del Cid. Pero hay una prueba mas de que el cantor del héroe castellano vivió mucho antes que el monje conmemorador de los milagros de Nuestra Señora y otros santos de la iglesia católica apostólica romana. Consiste la prueba no en la diferencia en el language, sino en la que hay en la versificación. Cuando se compuso el poema del Cid, segun se ve, no se conocía regla para la colocacion del perfecto consonante, ó para la medida del verso. Berceo escribe ya en estrofas regulares y en versos medianamente aconsonantados.

Los poetas dramaticos españoles no se olvidaban de componer sobre el Cid y sus hazañas. De las celebradas obras de Guillen de Castro y su copista Diamante ya va hablado en estas notas con frecuencia. Pero hay una comediá intitulada: Vida y muerte del Cid campador y noble Martin Pelaez, la cual, no obstante ser su mérito corto, es muy conocida y citada en España, y donde está contenido mucho de lo que los Romanceros del Cid encierran. Raro es el Español que no sabe ó no repite el pasage de esta comediá donde dice al rey el Cid:

En primer lugar mi espada
Y este brazo que la abona
Os puso bien la corona, etc.,

asi como otros retazos que no es del caso, poner en este lugar.

A. G.

195.

UNTA DE ANDALUCIA

Lamentos del rey de Galicia Don Garcia en su cautiverio y cárcel.
Manda el rey su hermano aliviarle en su encierro.

„Por el mes era de Mayo,
Cuando hace la calor,
Cuando canta la calandria,
Y responde el ruiseñor;

„Matóla un ballestero,
¡Déle Dios mal galardón!
Cabellos de mi cabeza
Llégame al corbejon;

„Cuando los enamorados
Van á servir al amor,
Sino yo, triste cuitado,
Que vivo en esta prision,

„Los cabellos de mi barba
Por manteles tengo yo,
Las uñas de las mis manos
Por cuchillo tajador.

„Que ni sé cuando es de dia,
Ni cuando las noches son,
Sino por una avecilla,
Que me cantaba el albor.

„Si lo hacía el buen rey,
Hácelo como señor;
Si lo hace el carcelero,
Hácelo como traidor.

„¡Mas quien agora me diese
Un pájaro hablador,
Siquiera fuese calandria,
Ó tordico; ó rui señor!

„¡Criado fuese entre damas
Y avezado á la razon,
Que me lleve una embajada
Á mi esposa Leonor

„Que me envíe una empanada,
No de truchas, ni salmon,
Sino de una lima sorda
Y de un pico tajador!

„La lima para los hierros,
Y el pico para el torreón.“
Oídolo había el rey,
Mandóle quitar la prision.

196.

Habiendo el rey Don Alfonso empeñado su palabra de respetar la mezquita de los Moros en la ciudad de Toledo, la reina en su ausencia, aconsejada por el arzobispo, la convierte en iglesia cristiana. Enojo del rey, viendo quebrada la palabra, y resolución de castigar á los delinquentes. Agradécense los Moros, pero interceden por la reina.

Ese buen rey Don Alfonso,
Él de la mano horadada,
Después que ganó á Toledo,
En él puso su morada.

Sin otros muchos lugares,
Que allende el rio ganara.
Luego en ganando el lugar,
De Cristianos se poblaba.

De do ganó los lugares
De Moros que allí quedaban,
Montalban y Talavera,
Oropesa y Mejorada;

Luego le hace su iglesia,
Luego le pone campanas;
Déjalos fortalecidos,
Y á Toledo se tornara.

Y la villa de Escalona,
Á Maqueda y Santa Olalla;
Ganó á Canales y á Illescas,
Madrid y Guadalajara,

Elegido ha un arzobispo,
Don Bernardo se Hamaba,
Hombre de muy santa vida,
De letras y buena fama.

Alcalá y Tordelaguna,
Á Uceda y á Salamanca;
Ganó á Buitrago y Atienza,
Á Sigüenza y á Berlanga.

Y desque lo hubo elegido,
Por nombre le intitulaba
Arzobispo de Toledo,
Primado de las Españas.

Y ganó á Medinaceli,
Y ganó toda el Alcarria
De la otra parte del rio
Que agora Tajo se llama,

Todo cuanto el rey le diera,
Se lo confirmara el papa.
Desque ya tuvo el buen rey
Esta tierra sosegada,

A la reina, su muger
En gobernacion la daba;
Fuese á visitar su reino,
Fue á Galicia y su comarca.

Despues de partido el rey,
La reina Doña Costanza,
Viendo su marido ausente,
Pensamientos la aquejaban,

No de regalos de cuerpo,
Mas de salvacion del alma.
Estando asi pensativa,
El arzobispo llegara.

En llegando el arzobispo,
Desta manera le habla:
„Don Bernardo, ¿qué haremos?
Que la conciencia me agrava.

„De ver mezquita de Moros
La que fue iglesia santa,
Donde la reina del cielo
Solia ser bien honrada.

„¿Que modo, dice, ternemos
Que torne á ser consagrada,
Que el rey no quiebre la fé
Que á los Moros tiene dada?“

Quando esto oyó el arzobispo,
De rodillas se hincaba;
Alzó los ojos al cielo,
Las manos puestas hablaba:

„Gracias doy á Jesu Cristo
Y á su madre, Virgen santa;
Que salis, reina, al camino
De lo que yo deseaba.

„Quitémossela á los Moros
Antes hoy que no mañana;
No dejeis el bien eterno
Por la temporal palabra.

„Ya que el rey se ensañe tanto
Que venga á tomar venganza,
Perdamos, reina, los cuerpos,
Pues que se ganan las almas.“

Luego aquella misma noche
Dentro en la mezquita entraba;
Limpiando los falsos ritos,
Á Dios la reedificaba,

Diciendo misa este dia
El arzobispo cantada.
Quando los Moros lo vieron,
Quejas al rey le enviaban.

Mas el rey, quando lo supo,
Gravemente se ensañaba;
Á la reina y al perlado
Malamente amenazaba.

Sin esperar mas consejo
Á Toledo caminaba;
Los Moros, que lo supieron,
Luego consejo tomaban.

Sálselo á recibir
Hasta Olias y Cabañas;
Llegados delante el rey,
De rodillas se hincaban.

„¡Mercedes, buen rey, mercedes!“
Dicen, las manos cruzadas;
Mas el rey, que así los vido,
Uno á uno levantaba:

„Callede, buenos amigos,
Que este hecho me tocaba.
Quien á vos ha hecho tuerto,
Á mí quebró la palabra.

„Mas yo haré tal castigo
Que aina habreis la venganza.“
Los Moros, quando esto oyeron,
En altas voces clamaban.

„¡Merced, buen Señor, merced!
La vuestra merced nos valga!
Si tomáis venganza desto,
Á nos costará bien cara.

„Perdonedes á la reina
Y á los que nos la quitaran;
Que nosotros desde agora
Os alzamos la palabra.“

„Quien matare hoy á la reina,
Arrepentirse ha mañana;
La mezquita ya es iglesia,
No nos puede ser tornada.

El buen rey, cuando esto oyera,
Grandemente se holgara;
Dándoles gracias por ello,
Perdido ha toda la saña.

197.

Don García, señor de Ureña, se lamenta de sus desventuras, viéndose largo tiempo cercado por los Moros y no socorrido. Heroica acción que hace, no queriendo comer él solo un pan que para todos queda. Admirado el Moro sitiador, levanta el cerco y retirase.

Á tal anda Don García
Por una adarve adelante;
Saetas de oro en la mano,
En la otra un arco trae.

Maldiciendo á la fortuna,
Grandes querellas le dae:
„Crióme el rey de pequeño,
Hízome Dios barragane;

„Dióme armas y caballo,
Por do todó hombre mas vale;
Diérame á Doña María
Por muger y por iguale.

„Diérame á cien doncellas
Para ella acompañare;
Dióme el castillo de Ureña
Para con ella casare.

„Diérame cien caballeros
Para el castillo guardare;

Bastecióme lo de vino,
Bastecióme lo de pane.

„Basteció lo de agua dulce,
Que en el castillo no la haye;
Cercáronmelo los Moros
La mañana de san Juane.

„Siete años son pasados,
El cerco no quieren quitare;
Veo morir á los míos,
No teniendo que les dare.

„Póngolos por las almenas
Armados como se están,
Porque pensasen los Moros
Que podrian pelear.

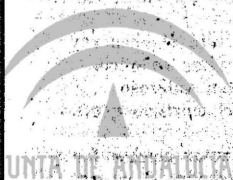
„En el castillo de Ureña
No hay sino solo un pane,
Y si le doy á mis hijos,
¿La mi muger qué harée?

„Si lo como yo como mezquino,
Los míos se quejarán.“
Hizo del pan cuatro pedazos,
Y arrojólos al reale.

El un pedazo de aquellos
Á los pies del rey fue á dare:

„¡Alá pese á mis Moros!
¡Alá le quiera pesare!

„¡De las sobras del castillo
Nos bastecen el reale!“
Manda tocar los clarines
Y su cerco luego alzare.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ROMANCES SOBRE EL REY DON RAMIRO.

198.

*Habiéndose metido monge el Infante Don Ramiro de Aragon,
recae en él la corona, y nienen en su busca sus vasallos á lle-
varle del monasterio al trono. Fiero continente del recién here-
dado rey, y valor con que entra en la lid contra la morisma.*

„¡Deo gratias, devotos Padres!
Dadnos al monge Ramiro;
Que su hermano, el rey Alfonso,
Ha fallecido sin hijos.

„Navarros y Aragoneses
Traen entre sí omecillos;
Que, si no es de real sangre,
No quieren otro caudillo.

„Cada cual pretende el reino,
Y á Dios hará mas servicio
En pacificar sus tierras
Que en el ser monge benito “

El buen Ramiro se excusa,
Mas razon no le ha valido;
Que vence necesidad
Que de ley ha carecido.

Sácanlo del monasterio,
Sin ser de nadie impedido;
Llévanlo á jurar á Huesca,
Y por rey lo han elegido.

Deseoso está el buen rey
Por egercitar su oficio
De capitan valeroso
Contra el morismo gentío.

Mandó juntar muchas faces,
Y acompañales él mismo;
Pretendiendo en la batalla
Ser á todos preferido.

Al subir en el caballo,
Que la espada se ha ceñido,
Sacado la ha de la vaina,
De aquesta suerte habia dicho:

„Si la espada ha de envainarse
En sangre del enemigo,
Vaya desnuda en la mano,
No tenga tiempo perdido.

Rienda y escudo no pueden
Ser de una mano regidos;
Porque no tengan estorbos,
Vayan por sí divididos.“

Tomó la rienda en la boca, Metióse así en la batalla,
Y el escudo apercebido, Siendo de todos temido.

Después de la muerte del belicoso Alfonso I., rey de Aragón, viniendo á resultar ser el pariente mas cercano del difunto el infante Don Ramiro, que se habia metido monge, fue este sucesor de su hermano mayor en el trono, en el año de 1134. **D.**

199.

Cuéntanse las hazañas de Don Ramiro vuelto de monge en rey, que por atender á la espada y al escudo pelea y vence, llevando las riendas del caballo en la boca.

Navarros y Aragoneses
Grandes debates tenían,
Porque rey les ha faltado,
Y muchos serlo querían.

Précianse de ser leales,
Y en ello no consentían;
Que no quieren tomar rey
Sino al que lo merecía,
Y que fuese de la sangre
Que de reyes descendía.

Monge era Don Ramiro,
Santo y de muy buena vida,
Hermano del rey Alfonso,
Que ya difunto yacía.

Sácanlo del monasterio,
Aunque á él no le placía;
Á Huesca lo habían llevado,
Por rey alzado lo habían.

Fue venturoso en batallas,
Ninguna dellas perdía;
Fue de los suyos amado,
Con ellos su haber partía.

En la batalla primera,
Que con los Moros había,
Sus caballeros le armaron
De fresca y fuerte loriga.

Cabalgara en su caballo,
El escudo le ponían
En el su brazo siniestro,
Y la espada sin vaina

Le ponían en el derecho,
Y los suyos le decían:
„Las riendas tomad, Señor,
Con aquesta mano misma

„Con que asides el escudo,
Y ferid en la morisma.“
El rey, como sabe poco,
Luego allí les respondía:

„Con esa tengo el escudo,
Tenellas yo no podría;
Ponédmelas en la boca,
Que sin embarazo iba.“

Los suyos hicieron luego Salió rey muy esforzado,
 Aquello que el rey pedía; Muchos tierras conquiera;
 Ansi entrara en la batalla, Dejado había su reino,
 Muchos Moros muerto había. Y tornóse á su mongía.

200.

Don Ramiro pasando de monge á rey, es menospreciado por sus Grandes, por ser sumiso de condicion, aunque valiente y vencedor en la guerra. Fide consejo sobre ello al abad del monasterio donde antes estaba. Dásele el abad en emblema, y entendiéndole el rey, con gran crueldad remedia su daño.

Don Ramiro de Aragon,
 El rey monge que llamaban,
 Caballeros de sus reinos
 Asaz lo menospreciaban.

Que, sacando allí un cuchillo,
 Las ramas altas cortaba.
 Despedido el mensagero,
 Mal contento se tornaba.

Que era muy sobrado manso,
 Y no sabidor en armas;
 Por lo que no le obedecen,
 Por lo que le desacatan.

Como fue llegado al rey,
 Le dijera estas palabras:
 „Mal recaudo os traigo, rey;
 Qué el monge no vos preciaba.

Enviado ha un mensagero
 Al monge que lo criara,
 Á san Ponce de Tomeras,
 Donde el buen abad moraba,

„Ni me quiso dar respuesta,
 Creo que de vos burlaba;
 Entróse luego á una huerta,
 En leyendo vuestra carta,

Porque él le diese consejo
 En la bajeza en que estaba.
 El mensagero se parte,
 Y al abad le da una carta.

„Y afilando allí un cuchillo,
 Las ramas emparejaba.“
 Oyendo aquestas razones,
 El rey las disimulara.

El abad no le responde,
 En la huerta solo entraba,
 El mensagero con él,
 Que respuesta le demanda.

Entendió bien la respuesta
 Y el consejo que le daba;
 Hizo llamar á las cortes,
 Á cortes que celebraba.

El abad lo despachó
 Sin hablarle una palabra;
 La respuesta que le diera
 Fuera cifra bien cerrada,

Dice que hacer queria
 Una solemne campana,
 Que se oyese por el reino,
 Y sonase en toda España.

Viérades desto gran risa,
Los Grandes dello mofaban.
En esta ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban.

Quince fueron sentenciados,
Á los otros perdonara;
Mandó sacar las cabezas
Á los mozos de la sala.

Llamó un dia á los señores,
Y en su cámara les habla;
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.

Dijoles que eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenian en poco,
Y en su presencia burlaban.

En entrando todos ellos,
Viéronse entre gente de armas;
Mandó cortar las cabezas
Á los que mas dél burlaban.

Que viesen aquel ejemplo,
Y ellos mojasen la barba.
Asi fue temido el monge
Con el son de esta campana.

Lope de Vega puso en drama esta tradicion romance, trasladándola á tierra de España en su comedia intitulada: „La campana de Aragon.“ En el último acto está figurado, el rey en pie, rodeado de las cabezas de los Grandes, formando una á modo de campana, segun dice el poeta, para lograr que se haya el suceso mas sensible á la vista. **D.**

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

201.

Informan al rey Ramiro de Aragon tres de sus adalides de haber muerto á tres cazadores enemigos y apresado á tres que le traen delante.

Ya se asienta el rey Ramiro,
Ya se asienta á sus yantares;
Los tres de sus ádalides
Se le pararon delante.

„Buenas las traemos, Señor,
Pues que venimos acá;
Siete dias anduvimos,
Que nunca comimos pan.

Al uno llaman Armiño,
Al otro llaman Galvano,
Al otro Tello lucero,
Que los adalides trae.

„Ni los caballos cebada,
De lo que nos pesa más;
Ni entramos en poblado,
Ni vimos con quien hablar

„¡Manténgaos Dios, Señor!“
„¡Adalides, bien vengades!“
„¿Pues que nuevas me traedes
Del campo de Palomares?“

„Sino siete cazadores,
Que andaban á cazar.
Que nbs pesó, ó que nos plugo,
Hubimos de pelear.

„Los cuatro dellos matamos, Y si lo creéis, buen rey,
Los tres traemos acá; Si no, ellos lo dirán.“

202.

*Expedición de los Catalanes capitaneados por el almirante
contra los Moros de Almería como despues de ir de vencida los
Moros se vuelve la fortuna, quedando los Cristianos derrotados,
y cautivo el almirante.*

À las costas de Almería
El catalan almirante
De sus despalmados leños
À pesar del Libio sale.
Acomete, rompe, y hiere,
Pisa, magulla, deshace,
Atropella, descompone,
Resbala en lagos de sangre.

El valiente Galceran, 1)
De quien ya la fama sabe
Levantar glorioso vuelo,
Que por tierra y mar esparce,
Montones de cuerpos brota
Por una y por otra parte
La inculta y ardiente arena
De los que su diestra abate.

Nieto de uno de los nueve
Valerosos Alemanes
Que á Cataluña bajaron
Del todo á immortalizarse,
Cual suelto pardo procede
Entre la turba arrogante
De codiciosos lebreles,
Que le acosan y combaten.

Estampa en la arena el pie,
Da al viento los estandartes
Del principe Berenguer,
Por quien los mueve pujantes.
No hay quien toque el desengaño,
Ni quien de atenderle trate;
Que el varon va como presa,
Cuando de su curso sale.

Vomitan caballos, gente,
Armas, pertrechos marciales
Los entrañados bajeles
Con providencia loable.
Siguen á su general
Los valientes Catalanes
Con loables y altas pruebas
De su valor admirable.

Forma escuadrones, enviste,
Con pecho y valor constante,
Fijó cual robusta encina
En la silla firme estable.
Desampara el campo el Moro,
Y con escudos infames
Cubre sus medrosos hombros.
Sigue el varon el alcance,

1) Garceran.

Cebado y metido entre ellos Porque de la fuerza y costas
 Con destrozo inevitable, Catorce banderas salen,
 Cual suele irlandes azor Que á Cerni, soldado experto,
 En las levantadas aves. Cautivan y al almirante.

Pero la inconstante diosa, Llévanlos al moro rey,
 Que estar queda nunca sabe, Que con esquivo semblante
 En la mitad de curso No poco gozoso manda
 Dió un vaiven irreparable. Ponerlos en hierros graves.

203.

Cautivo de Moros en Almería el almirante catalan, trata su anciano padre de rescatarle, aunque es difícil, pidiendo los infieles muy subido rescate, y como parte de él doncellas cristianas. En tal trance el prisionero se encomienda á Dios y los santos, y le liberta milagrosamente san Estéban, haciendo otro tanto san Gines con un su compañero en el cautiverio.

Cien doncellas pide el Moro, Pasaba el varon famoso
 Tambien cien vacas preñadas, Su estrecha prision amarga,
 Y cien paños de oro fino, Aunque entre aflictas memorias,
 Cien caballos de piel blanca Con gran cordura y constancia,

Por el cautivo almirante, De nuestro antiguo adversario
 De cuyo rescate trata Perseguido veces varias
 Su padre, Don Galceran, Con mil vanas fantasias,
 Con mano abundosa y franca. Y ciegas desconfianzas.

Y aunque parece imposible, Mas él, que luego ocurría
 Y en el Moro poca gana Con sus continuas plegarias
 De rescatar tal varon Á la parte do el consuelo
 Por el mal que dél aguarda, Los mas afligidos ballan,

El noble viejo, animado Que por su antigua costumbre
 Con ver la notable falta Dos veces se levantaba
 Que en su cara patria hacia Á la ferviente oracion,
 Varon de tanta importancia, Antes de ver la mañana,

Conferido con sus deudos Puesto una noche de hinojos,
 Y con la gente Granada Con fogoso pecho exclama
 De su insigne varonía, Entre las duras cadenas,
 Que se apreste y junte manda. Que manos y pies le agravan,

Al protomártir Estéban,
Amparador de sus causas,
Cuya devocion seguia,
Pidiéndole con instancia

En el terror de la noche
La ciega prision se baña
De un celeste resplandor
Y conortada fragancia.

Trate de su libertad
Con el que la dió á las almas,
Impidiendo aquel rescate
Que en ofensa de Dios tratan.

Baja el protomártir santo,
Y los lazos le desata,
Consolando su afliccion
Con su presencia y palabras.

Que él quiere mas padecer
Que no que los Moros traigan
Aquellas vírgines bellas,
En que á Dios se desagrada.

Visto Cerni, el compañero,
La misteriosa hazaña,
Ruega al de Pinos consigo
Le lleve á su dulce patria.

Que cuando una sola fuera
Y no cantidad tan ampla,
Por tan grande inconveniente
La libertad rehusará.

„No está en mi mano, responde;
Mas si algun tú santo llamas
Que lo suplique al Señor,
Libertad tendrás sin falta.”

Que era duro y mal acuerdo
Que aquella inocencia casta
Se mezclase con los Moros
Por su miserable causa.

Ofrecióse á san Gines,
Y de la prision lo sacan,
Llevándolos ambos santos
Á pie enjuto por las aguas.

Y estando el santo varon
En confusion tan extraña
Con lágrimas abundantes
Que al conrito pecho bajan,

Y con grande admiracion
De la gente catalana
Puerto les dan en Solon,
Cuando el rescate embarcaban.

En este romance asi como en el que le antecede se da razon de la cruzada que emprendieron los Catalanes y Genoveses á exhortacion del papa Eugenio III., gobernados por el general de mar ó almirante Dalmao de Pinos, siendo objeto de esta expedicion la toma del puerto y ciudad de Almería en Andalucía, ocupada entonces por los Moros. Fue esta empresa hecha en el año de 1147, siendo principe de Cataluña Berenguer IV. Segun los Añales genoveses de Caffari (Muratori, Scriptor. rer. ital., Vol. VII.) y tambien segun los de Foglieta, terminó prósperamente, habiendo sido ganada Almería y dada á saco. Es probable que al volverse fue, cuando cayó el capitán de la armada en poder de los Moros, siendo asimismo de creer que á su propia astucia ó á un buen rescate pagado por los Cata-

lanes y Genoveses fue debida su libertad del cautiverio, representada aqui como un milagro.

Como poesía vale mas el primer romance que el segundo, siendo en aquel mas rápida la narracion. **D.**

204.

Teniendo cercada y en aprieto á Lisboa el conde Alfonso Henriquez, sale de la ciudad el rey moro, y le avisa que por mandamiento de Dios se la entrega, encargándole que no peque. Dueño el conde de la ciudad, es allí alzado y aclamado rey del nuevo reino cristiano de Portugal.

Cuando el conde Alfonso Henriquez,
Primer rey de Portugal,
Hijo del conde Borbon,
De Borgoña natural,

„Mi padre cuarenta y tres
En quieta y segura paz,
Mi abuelo la tuvo treinta
Con guerras y mucho afan.

Despues que en campo de Ourique
Á muy duro pelear
Venció cinco reyes moros,
Y los trujo á su mandar,

„Al fin la habemos gozado
En feliz seguridad,
Desde que el rey Don Rodrigo
La perdió con Portugal.

Y despues que por sus hechos
Le vino Dios á premiar,
Dándole sus cinco llagas
Por armas y por señal,

„Y que aquesta noche estando
En mi cama á mi folgar,
Ví venir una doncella
Al parecer celestial.

Ya que ganó á Santaren
Con mucha guerra y afan,
Y puso á Lisboa cerco
Por la tierra y por la mar:

„La qual hoy me dijo
Ser su entera voluntad
Que sin guerra te entregase
Mi reino y esta ciudad.

Salió de dentro el rey della,
Llamado Venalmazar,
Pide al conde franca entrada,
El cual se la mandó dar.

„Y que me torne Cristiano,
Para mi alma salvar;
Y tú que te apartes luego,
Buen conde, de mas pecar.“

„Habrás de saber, le dice,
Que ha que tengo en heredad
Á la ciudad de Lisboa
Treinta y siete años y mas.

El conde quedó espantado
De lo que al Moro oyó hablar,
Y inclinadas las rodillas,
Comenzó de razonar:

„Mil gracias le doy á Dios En esto luego se entraron
 Por la merced que me hace, Los dos dentro la ciudad,
 Y pues que desto se sirve, Do al Moro hicieron Cristiano
 Cúmplase su voluntad.“ Y al conde rey natural.

La elevacion del conde Don Alfonso al trono de Portugal fue inmediatamente despues de la batalla contra los Moros dada en el año de 1159. Ya antes de trabarse la lid habia sonado en el real de los Cristianos la aclamacion de: ¡Viva Alfonso, rey de Portugal! la cual no habia contribuido poco á alentar á los soldados. Dicen que los cinco escudos que hay en las armas de Portugal están allí en referencia á haber sido cinco los reyes moros vencidos en la batalla. D.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
 CONSEJERÍA DE CULTURA

ROMANCES SOBRE EL REY ALFONSO VIII.

205.

Alfonso VIII., el rey vencedor de las Navas de Tolosa, se ve en grande apuro de dineros. Consejo que le da el señor de Vizcaya sobre el modo de tener socorro de los nobles. Indignacion de estos al suponer que se les cobran tributos. Cede el rey, castigando en la apariencia al buen consejero.

En esa ciudad de Burgos,
En cortes se habian juntado,
El rey, que venció las Navas
Con todos los hijosdalgo.

Habló con Don Diego el rey,
Con él se habia aconsejado,
Que era señor de Vizcaya,
De todos el mas privado:

„Consejédesme, Don Diego,
Que estoy muy necesitado;
Que con las guerras que he hecho
Gran dinero me ha faltado.

„Querria llegarme á Cuenca,
No tengo lo necesario.
¿Si os pareciese, Don Diego,
Por mí fuese demandado
Que cinco maravedís
Me peche cada hijodalgo?“

„¡Grave cosa me parece!
Le respondiera el de Haro,
Que querades vos, Señor,
Al libre hacer tributario.

„Mas por lo mucho que os
quiero,
De mí sereis ayudado;
Porque yo soy principal,
De mí os será pagado.“

Siendo juntos en las cortes,
El rey se lo habia hablado.
Levantado está Don Diego,
Como ya estaba acordado:

„Justo es lo que pide el rey,
Por nadie le sea negado.
Mis cinco maravedís,
Hélos aqui de buen grado.“

Don Nuño, conde de Lara,
Mucho mal se habia enojado;
Pospuesto todo temor,
Desta manera ha hablado:

„Aquellos donde venimos
Nunca tal pecho han pagado;
Nos menos lo pagaremos,
Ni al rey tal le será dado.

„El que quisiere pagarle,
Quede aquí como villano!
Váyase luego tras mí
El que fuera fijosdalgo.“

Todos se salen tras él,
De tres mil tres han quedado
En el campo de la Glera,
Todos allí se han juntado.

El pecho que el rey demanda
En las lanzas lo han atado,
Y envíale á decir
Que el tributo está llegado;

Que envíe sus cogedores,
Que luego será pagado.
Mas que, si él va en persona,
No será dél acatado;
Pero que enviase aquellos
De quien fue aconsejado.

Cuando aquesto oyera el rey,
Y que solo se ha quedado,
Volvióse para Don Diego,
Consejo le ha demandado.

Don Diego como sagaz
Este consejo le ha dado:
„Desterrédesme, Señor,
Como que yo lo he causado;

„Y así cobrargis la gracia
De los vuestros hijosdalgo.“
Otorgó el rey el consejo,
Á decir les ha enviado

Que quien le dió tal consejo,
Será muy bien castigado;
Que hidalgos de Castilla
No son para haber pechado.

Muy alegres fueron todos,
Todo se hubo apaciguado.
Desterraron á Don Diego
Por lo que no habia pecado.

Mas dende á pocos dias
Á Castilla fue tornado.
El bien de la libertad
Por ningun precio es comprado.

Notable cosa! Es terminada con un elogio de la libertad una composicion poética de la edad media. Verdad es que estaba entonces limitado el poder de los reyes de Castilla por la constitucion; pero por desgracia de la libertad que habia solamente gozaban los nobles, no siendo libres los plebeyos mas que en Vizcaya. Lo que va contado en este romance lo está asimismo con leve diferencia en otro inserto en el Cancionero de 1555, que empieza con la cuarteta siguiente:

En Burgos está el buen rey
Don Alonso el Deseado,
El octavo que en Castilla
De tal nombre fue llamado,

donde dicen los hidalgos al rey que intenta sugetarlos á pagar pechos ó tributos:

Que en España los hidalgos
Ningun tributo han pagado;
Que quien tributo quisiere,
Muy caro le habrá comprado. **D.**

Peliagudo y dudoso acierto es cualquiera que se haga tocante á haber habido una constitucion en Castilla. Sobre esto dejaron dicho poco los antiguos, y han hablado con no mucho fruto los modernos. Robertson estuvo superficial y ligero, el Español Martha, aunque erudito, ve visiones. Sempère por el otro lado parece sujeto á preocupacion. Algunos escritores en la Revista de Edimburgo no han ilustrado mal varios puntos relativos á esta materia, y por último Prescott en su Historia de los reyes católicos. Cárlos Romey en su Historia de España; Viardot en varios opúsculos y otros modernos se inclinan demasiado á suponer libertad en tiempos antiguos, al paso que Dunham (Historia de España y Portugal, en 5 tomos, Cíclopedía del Dr. Lardner, Londres, 1833) con mayor erudicion y mejor juicio no está libre de preocupacion monárquica ó sea del lado opuesto. „Adhuc sub iudice lis est.“ Pero acierta el Señor D. en decir que la libertad que habia (cuando la habia) era para los nobles. Porque el Señor D. ha tentado en una nota esta cuestion política, se le ha seguido á terreno fuera del literario. **A. G.**

206.

Amores de Alfonso VIII. con una Judía llamada Fermosa. Matan á esta los vasallos, para quitar la ocasion de perderse á su rey. Llora este á su querida; pero viene un ángel á demostrarle que yerra en su dolor. Arrepentimiento de Alfonso.

Muerto era ese buen rey
Don Sancho el Deseado;
Gran llanto se hizo en Castilla,
Que era de todos amado.

Aunque el rey es muy pe-
queño,
Los Grandes de su reinado
Allá en Inglaterra
Al rey lo tienen casado

Su hijo, el octavo Alfonso,
Sus reinos habia heredado,
Ese que venció en las Navas
De Tolosa al rey pagano,
Ese Miramamolín
De Marruecos tan nombrado.

Con hija de Don Eurique,
Que della es rey coronado.
En Burgos se hacen las bodas,
Muchas gentes se han juntado.

Muy ricas fueron y honradas,
 Por ser tal el desposado;
 El rey con la su muger
 Á Toledo había llegado.

Donde la Judía estaba
 Sobre un muy rico estrado.
 Matáronla luego allí,
 Y á los que han con ella hallado.

Mas como amor es tan ciego,
 Al rey había engañado;
 Pagóse de una Judía,
 Della estaba enamorado,

El rey, que supo su muerte,
 Triste estaba y muy cuitado.
 No sabia que se hiciese;
 Que el amor demasiado

Fermosa había por nombre,
 Cuádrale el nombre llamado;
 Olvidó el rey á la reina,
 Con aquella se ha encerrado.

Que tenía á la Judía
 Lo ha de seso enagenado.
 Sus vasallos lo consuelan;
 Á Illescas lo habían llevado.

Siete años estaban juntos,
 Que no se habían apartado;
 Y tanto la amaba el rey
 Que á su reino había olvidado.

Estando el rey una noche
 En la su cama acostado
 Cuitando en la Judía,
 Un ángel le había hablado.

De sí mismo no se acuerda;
 Los suyos han acordado
 De poner recaudo en ello
 En fecho tan feo y malo.

„¿Aun cuidas, le dijo, Alfonso,
 En el tu grave pecado?
 Dios de tí gran deservicio
 De tu maldad ha tomado.

Acuerdan de la matar,
 Por ver su señor cobrado;
 Porque lo tienen perdido,
 Y les será bien contado.

„No fincará de tí hijo,
 Mas hija te habrá heredado.
 Procura de á Dios servir,
 Porque te haya perdonado.“

Fueron donde estaba el rey
 Con la Judía en su cabo;
 Los unos hablan con él,
 Los otros habían entrado

„Ángel, respondió el rey,
 Ante Dios sé mi abogado;
 Yo ya conozco mi culpa,
 Y conozco haber errado.“

207.

Apréstanse los Cristianos á dar batalla á los infieles en las Navas de Tolosa. Disputa entre Don Diego Lopez de Haro y su hijo sobre la lid que va á trabarse.

El octavo rey Alfonso
Con muy gran caballería
Batalla tiene aplazada,
Que fue de gran nombradía,

Con el rey Miramolin,
Que muy gran gente tenia.
En las Navas de Tolosa
Comenzaron la porfía.

Los Cristianos se levantan
Un lunes antes del día;
Misa habian oido todos,
Sacramento recibian.

Armados están en campo,
Cada cual en su cuadrilla;
Una cruz muy colorada
En el cielo parecia,

Hermosa, resplandeciente;
Gran consuelo les ponía.
Tiénelo á buena señal,
Adorado la habian.

Don Diego Lopez de Haro
Á su padre le decia:
„Dióos el rey la delantera;
Yo por merced os pedia,

„Como á mi padre y señor,
Peleeis con valentia,
Y no me digan las gentes
Que de traidor decendia.

„Miémbreos la prez y honra
Que en Alarcos se perdia.

Cobraldo, os ruego pos Dios
Y por su madre María.

„Hareis á Dios gran emienda,
Y él vos lo perdonaria
El gran yerro en que caistes,
Cuando tal lid se vencía.

Don Diego volvió sañado
De lo que el hijo decía.

„Hijo te dirán de puta,
Que no traidor yo sería;

„Que con la merced de Dios
Pelearé de tal guisa,
Que no haya causa ninguna
De decir lo que decías.

„Mas yo veré como tú
Hoy á mi me aguardarías
En este lugar do estamos,
Pues engendrado te había.“

Don Diego besó sus manos,
Muy gran perdon le pedia.
Dijole: „Padre y Señor,
En esta lid que hoy se hacia

„Seredes de mi aguardado
Cuanto padre no sería
De ningun hijo que hubiese,
Como vereis este día.

„Entremos en la batalla,
Ya en ella verme queria.
!Dios, ayuda y Santiago!
Seguidme, que á ello vaya.“

Este romance así como el anterior es de Lorenzo de Sepulveda. Alfonso VIII. dió á los Moros dos grandes batallas. Perdió la de Alarcos, que fue la primera; pero de su derrota logró completo desquite en las Navas de Tolosa entre la Sierra Morena y el Guadalquivir, donde en el año 1212 alcanzó una gloriosísima victoria, siendo allí tan enorme la pérdida por parte de los Moros, que hubo de durar entre ellos el terror que entonces tuvieron, por muchos años.

D.

208.

*Gana el santo rey Don Fernando á Alcalá de los Ganzules.
Fiereza y discurso de Muley, alcaide moro de aquella ciudad.*

Échada está por el suelo
Alcalá de los Ganzules
Por el santo rey Fernando
Día de san Pedro un lunes.

„ Los Ganzules llevas presos,
Desta tierra honra y lumbre;
Y te afirmo que Granada
Cercada un año no dure:

Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres,
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.

Quando veniste á Alcalá,
Dentro en mis baños lo supe;
Dejé mis tocas de seda
Que mi frente ciñe y cubre.

Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
Á cuyas llamas las armas
De los Cristianos relucen.

„ Á las torres de mis armas
Con mis Moros me retroje;
Salí al campo, porque nadie
De ser cobarde me acuse.

Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,

„ Mas llévanme el alma presa
En una Mora de Tunez,
Que fue desta tierra fuego
Y destos ojos la lumbre.

Quando su alcaide Muley
Al cristiano rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,

„ Diómela su padre el rey;
De África á España la truje
En una fusta turquesca,
Que de oro y seda compuse.

Y dice: „ ¡Llega, Cristiano,
Saquea, roba y destruye,
Pues que has vencido el linage
Que al mundo de sangre cubre!

„ Toda la popa dorada
Hice, que mi estado ocupe
Con cien Cristianos vestidos
De telas blancas y azules.

Celebráronse las bodas, **Martes, dia de desgracia,**
 Mañana un año se cumple. **Que se acabaron hoy lunes."**

El pueblo á que llamaban los Árabes Alcalá de los Ganzules, por llamarse Ganzules la tribú mora que le habitaba, tomó, despues de ganado por los Cristianos, el nombre de Alcalá la Real. **D.**

Alcalá de los Gazules (vulgo de los Ganzules) subsiste con su nombre en la parte del reino de Sevilla, hoy provincia de Cadíz, y Alcalá la Real está entre Jaen y Granada. Asi hay yerro en la nota del Señor D. Hay muchos Alcaláes en España, y solo en Andalucía cuatro. **A. G.**

209.

Grande hazaña de García Perez de Vargas contra los Moros en el cerco que tiene puesto á Sevilla san Fernando rey.

Estando sobre-Sevilla Cerca ve el tropel de Moros
 El rey Fernando el tercero, Amenazando viniendo.

García Perez de Vargas Don Lorenzo Figueres Alhambra y Generalife
 Iba con un caballero. Y el rey están en un cerro.

Solos van por un camino, Los dos miran á Sevilla,
 Solos van por un sendero. Por do lá irán combatiendo.

Siete caballeros moros Don Lorenzo dijo al rey:
 Á ellos vienen derechos. „Ved, Señor, un caballero,

Dijo aquel á Garcé Perez: Que si los Moros los atienden,
 „No es bien que los esperemos; Él hará algun hecho bueno;

Que dos solos pocos somos Y si no le han conocido,
 Para siete caballeros. Vereis un diestro guerrero."

Los Moros en este instante
 Aquel, sin respuesta dalle, Ándanle reconociendo;

Las riendas torció huyendo; Conociéndole las armas
 Pidió García sus armas, Todos se van recogiendo.

Que traia un su escudero. Con grita y con alarido
 Algaradas van haciendo.

Poniéndose una celada, Garcé Perez nunca deja
 Perdía una cofia de lienzo; La via que va siguiendo.

210.

*Don Jaime, rey de Aragon, no queriendo separarse de su man-
ceba, pretende que su padre espiritual, el santo varon Raimundo,
tampoco se vaya de su lado. Pero el bendito confesor no pu-
diendo llevar la torpeza del rey, y privado de medios de huirse,
tiende en el mar su manto, y en él navega.*

Habiendo ya sugetado

À Mallorca el rey Don Jaime
Y puéstola en su corona
Con propicio y diestro Marte,

Llevaba cerca de sí
Aquel varon santo afable
Que instigó en la fundacion
De la órden del Rescate,

Aquel glorioso Raimundo,
De vida ejemplar constante,
Con quien el rey conferia
Su conciencia y casos graves.

Mas como estamos los hombres
Por nuestras miserias grandes
Sugetos á la flaqueza
Y estímulos de la carne,

Llevaba el famoso rey
De belleza inexplicable
Una gallarda muger,
Discreta en grado notable.

Cuidoso el varon santo
Deste misero contraste,
Le amonestó varias veces
Con razones eficaces.

Pero como el desengaño
Odiosos efectos hace,
Y son tan aborrecibles
De ordinario las verdades,

Aunque el rey las conocia,
No trataba de enmendarse;

Que la costumbre en los vicios
Es un daño irreparable.

Visto el poco ó ningun fruto
Que de sus cuidados sale,
De su ayuno y oraciones,
De sus azotes y afanes,

Echa sobre sí las culpas,
Diciendo que por su parte
Sus deméritos impiden
Los efectos saludables.

Y así con lagrimas tiernas
Pidió al rey que le dejase
Volverse á su monasterio,
Y le diese en que embarcarse.

Que pues de una sola oveja
Tan mala cuenta dar sabe,
Y se le despeña y mete
Del lobo por el gaxnate,

Y entre las zarzas del vicio
Deja el vellon y la sangre,
Que otro pastor mas dichoso
Busquen, que della se encargue.

Visto el rey su santo celo,
Quiso impedir su viage,
Mandando so graves penas,
Que no lo embarcase nadie,

Por parecerle que en todo
Le hiciera falta notable;
Que suele Dios por un justo
Dejar el rigor aparte.

Mas el prudente varon
 Á la marina se sale,
 Poniendo sus esperanzas
 Adonde el consuelo nace.

Y dando entrambas rodillas
 Al suelo y manos al aire,
 Hizo una breve oracion
 Acepta cuanto agradable.

Levantóse, y de sus hombros
 Quitó el dichoso ropage
 Lleno de santos misterios
 Y secretos celestiales.

Y tendiéndole en las ondas
 En lugar de barca ó nave,
 Se puso de pies en él
 Con lágrimas abundantes,

En altas voces diciendo:
 „Tú, Señor, domas los mares,
 Y tienes al cielo y tierra
 Sin limite potestades,

„De cuya inmensa bondad
 Mis esperanzas se valen
 Sin temor que el mar soberbio
 En nada me ofenda ó dañe.

„Bien sabes, Señor, mi celo,
 Como mis defetos sabes;

Mas eres al fin mi Dios,
 Yo un gusano miserable.“

Calló, y sobre el manto puso
 Su escapulario y su llave,
 Que con el báculo fueron
 Árbol, vela y gobernalle.

Destá suerte se engolfó,
 Queriendo el Señor mostralle
 Serle acepta su demanda
 Y sus obras agradables,

Mandando que el mar furioso
 Se le humille y avasalle,
 Y que las inquietas ondas
 En sus hombros le levanten;

Queriendo tambien mostrar
 Que sus siervos han de honrarse
 No solo en el otro mundo
 Sino en este miserable.

Y en espacio breve y corto
 Fue servido que aportase
 Á la insigne Barcelona
 Con admiracion notable.

Besó la arena humilmente,
 Y por mercedes tan grandes
 Rinde las gracias al cielo,
 Y á su monasterio vase.

Este romance verboso nunca ha podido ser canto del pueblo. Jaime, rey de Aragon y Mallorca, no queria desprenderse ni de su confesor, ni de su dama ó manceba. Pero no queriendo aquel ser ya por mas tiempo testigo de la escandalosa vida del rey, se escapó en secreto de la isla de Mallorca, donde residia á la sazón la corte. Añade la leyenda que no dando con un bajel, tendió sobre las aguas su manteo, y sentado en él navegó hasta aportar á la costa de España.

D.

ROMANCES SOBRE EL REY DÓN ALONSO EL SABIO.

211.

Estando viviendo en Tunez el Infante Don Eurique muy estimado, quiere quitarle la vida el rey de aquella tierra, y le echa á los leones; pero estas fieras se amansan á vista del héroe, con lo cual le vuelve el príncipe á su gracia.

En Tunez estaba Eurique,
De Castilla desterrado;
El rey le hace gran honra,
Por ser varón esforzado.

Los Moros de mas estima
Con envidia se han juntado;
Dijeron al rey: „Señor,
Este Cristiano ha ganado

„Los corazones del pueblo,
Y otros miedo le han cobrado;
Y él y sus caballeros,
Que con él acá han pasado,

„Cuando menos lo pienses,
Se alzarán con tu reinado.
Conviene lo eches, Señor,
De esta tu corte y estado.

„Admite nuestro consejo;
No estés de ello disgustado;
Que por tu honra y sosiego
Te lo habemos explicado.“

El rey de aquestas razones
No poco se habia enojado;
Que de la virtud del mozo
En extremo era agradado.

Que allende de ser valiente
Y en linage aventajado,
Era fiel, honesto y cuerdo,
Gentil hombre y agraciado.

Mas tantas cosas le dicen
Que el intento le han mudado.
De enviarle fuera piensa;
Pero tambien ha pensado

Que si el caso advirtiese,
Segun es determinado,
Porná en revuelto su reino,
Por ser de muchos amado.

Á la fin se determina,
Por estar asegurado
Que muera el hermoso Infante,
Y asi un dia le ha llamado.

Tomándole por la mano,
En un corral lo ha entrado,
Como que de un gran secreto
Le quiere hacer avisado.

Y desde dentro le tuvo:
„Atended, le dijo, amado;
En el punto vuelvo á vos,
Que voy á cierto recado.“

Salido se ha por la puerta,
La cual presto se ha cerrado;
Y abriéndose otra que había,
Por ella misma han entrado
Dos leones muy feroces
Con el aspecto dañado,

Cuando el Infante los vido,
Su buena espada ha sacado;
Su manto al brazo revuelve
Con el ánimo arriscado.

Hace rostro á los leones,
Y de verle tan osado
No osaron llegar á él.
Entonces él denodado

Llegado se había á la puerta,
Y á coces la ha derribado,
Y fuérase libremente,
De la maldad espantado.

En este tiempo á los suyos
El rey había encarcelado;
Y sabiendo que el Infante
Del peligro se ha escapado,

Nó quiso que le matasen,
Y por otros le ha mandado
Que salga de la su tierra,
Pues con la vida ha escapado.

El Infante ha respondido
Que obedecía de grado;
Mas que le dé sus varones
Que él había emprisionado.

El rey se los mandó dar
Con los bienes que ha ganado;
Con todo se partió luego
De aquel rey y de su estado.

Segun la historia este Infante Don Henrique pasó á Roma, y allí lidió en varias guerras contra los enemigos del papa. Hay un romance de Lorenzo de Sepulveda relativo á sus hazañas. **D.**

212.

Batalla entre los Moros mandados por Abenyuca, rey de allende el mar, y los Cristianos gobernados por su rey Don Alfonso. Opina el adelantado Don Nuño que no se entre en la lid; pero desestima su consejo el rey de Castilla. Quedan los Cristianos vencidos, y Don Nuño muerto.

De allende la mar el rey
Abenyuca se partia;
Para contra los Cristianos
Con gran pujanza venia.

Muchos Moros trae consigo
De á caballo y peonía
Don Nuño adelantado
En toda la Andalucía

Por ese buen rey Alfonso
Que en Córdoba residia;
Salidó le habia al encuentro
Junto á Eclja, esa villa.

Y los Moros de Abenyuca
Muchos son en demasia.
Don Nuño trae sus vasallos,
Los que con él residian;

Que por no perder la tierra
Trae poca caballeria;
No quiso aguardar las gentes
De ese buen rey de Castilla.

Don Nuño, como es discreto,
Excusar la lid queria,
Viendo su poder ser poco
Contra tanta moreria.

Mas algunos caballeros,
Que están en su compania,
Dijeron que pues las haces
Están juntas, que se vian

Los pendones desplegados,
Les seria gran cobardia
No pelear con los Moros;
Que era bien perder la vida.

Y que si no peleaban,
Los Moros ciertos serian

Que van huyendo y los dejan;
Gran corazon cobrarian.

A esta causa Don Nuño,
Con él toda su valia
Firieron recio en los Moros;
Mas todos pierden la vida.

Don Nuño y sus caballeros
Muertos en el campo fincan.
Despues de haber peleado
Con crecida valentia.

Abenyuca llegó al campo
Do la lid hecho se habia;
Halló á Don Nuño muerto,
Y al rededor de él yacian

Muertos muchos caballeros,
Los que su guarda tenian.
Mucho le pesó al rey moro,
De Don Nuño se dolia.

Quisiera tomarlo vivo
Segun su gran valentia;
Cortárale la cabeza,
Á Granada al rey la envia.

Dijo que era la su parte
De esta lid que se vencia;
Al rey le pesaba mucho,
Que á Don Nuño bien queria.

Por LOB. DE SEPULVEDA.

213.

Cuerda respuesta del rey Don Alfonso el sabio á su merino que le tachaba de demasiado llano con sus súbditos.

Al sabio rey Don Alonso,
Por vello tan humildoso
Y afable con sus compañías,
Su merino así fablólo:

„¿Porqué, nobre Señor nueso,
Siendo rey tan poderoso,
Á guisa de un hombre llano
Vos endonais todo á todos?“

Conocida su calaña,
El sabio rey replicólo:
„Atended, el mi merino,
Non caloñeis dese modo.

„Porque todos se me endonen,
Amigo á todos me endono;
Que la aspereza en el rey
Mezcla omecillos e odios.

„Non lo quiera el Señor Dios
Que el que á muchos manda solo
Con pocos se comunique,
Dejando á muchos quejosos.

„Amor del buen infanzon
Al Señor tiene en reposo,
Pues gravedad non conserva
Lo que faz trato gracioso.

„Tenido es dar sujecion
Al rey su gentío acucioso;
Y el rey hará igual justicia
Con trato manso, honoroso,

„Do falla el rey obediencia
Por su talante amoroso;
Que del amor del caudillo
Nace el siervo fiel, cuidadoso.“

Este romance está en el suplemento á los de Lorenzo de Sepulveda, edición de 1566.

D.

214.

Habiéndose rebelado el principe Don Sancho contra el rey su padre, Don Alfonso el sabio, pide esta ayuda contra su hijo al rey moro Abenyuca, quien le envía como auxiliares crecidas huestes de Moros; pero perecen estos anegados, cuando iban á aportar á España.

El viejo rey Don Alfonso
Iba huyendo á mas andar;
Que su hijo, el rey Don Sancho,
Desheredado lo ha.

Mandóse dar por sentencia
No ser él para reinar

Con lágrimas en sus ojos
Estas trovas fue á trovar:

„Santa María, Señora,
No me quieras olvidar;
Caballeros de Castilla
Desamparado me han.

„Y por miedo de Don Sancho
No me osan ayudar;
Írème á tierras agenas,
Navegando á mas andar.

„En una galera negra,
Que denote mi pesar,
Y sin gobierno ni jarcia
Me porné por alta mar;

„Que así ficiera Apolonio,
Y yo faré otro que tal.“
Enviara su corona
Que la fuesen á empeñar

Á un rey de Berbería,
Que llaman Abenyuca,
El rey viendo el mensagero,
Su consejo fue á juntar.

Dijoles: „O mis vasallos,
Bien me querais aconsejar.
Alfonso, rey de Castilla,
Está en gran necesidad;

„Porque su hijo Don Sancho
Desheredado lo ha;
Su corona me ha enviado,
Á que la haya de empeñar.

„Ved en esto que os parece;
Que tengo de él piedad.“

Alli habló un Moro anciano,
Anciano y de gran edad,

Que en España ha guerreado,
Siendo de mas fresca edad:
„Lo que me parece, o rey,
Es que le hayas de ayudar;

„Que Alfonso es buen caballero
Y en todo muy principal;
Y las obras que son santas
Suélense muy bien pagar.“

El rey, que era valeroso,
Mandó el Cristiano llamar;
Dijole: „Dirás á Alfonso
Que quiera en Dios confiar.

„Veinte y cuatro mil caballos
En su favor pasarán;
Y si aquestos pocos fueren,
Mi persona pasará.“

Dióle sesenta mil doblas,
La corona le fue á dar;
Pero no llegó el socorro
Por fortuna de la mar,

Donde se perdieron todos;
Que Moro no fué á quedar.
Pero en eso medio y tiempo
Alfonso tornó á reinar;
Que su hijo, el rey Don Sancho,
No gozó su mocedad.

Lor. de Sepulveda tiene un romance sobre el mismo asunto:

Aquese infante Don Sancho

Hizo lo que no debia;

Alzóse contra su padre,

Que Alfonso el Sabio decian etc.

D.

215.
Llora el rey Don Alfonso el sabio la supuesta muerte de su hijo Don Sancho, aunque estaba en guerra con él. Táchale un vasallo suyo su flaqueza. Desmientese la noticia de la muerte del hijo, y sucede la del padre.

Opreso está el rey Alfonso,
 Oprimido y acuitado;
 Porque Don Sancho, su hijo,
 Que era nombrado el Bravo,
 Se le ha alzado con los reinos,
 Y los mas le había ganado.
 Nuevas de nuevo le vienen,
 Que el corazon le han quebrado,
 Que Don Sancho yace muerto;
 Y con semblante cuitado
 Disimulando su pena
 Por los que allí se han hallado;

Solo se entró en un retrete;
 Ningun lo ha acompañado.
 Pelaba su blanca barba,
 Muchas lagrimas llorando;

Con voces mucho crecidas
 Decia: „Rey desdichado,
 Ya es muerto Sancho, tu hijo,
 Que te habia desheredado.

„La luz era de tus ojos,
 Espejo en que te has mirado;
 Que si se alzó contra tí,
 Fue por mal aconsejado,

„Que no por su voluntad.
 Mas Grandes de tu reinado
 Le dijeron que lo hiciese,
 Que el no lo tenia en grado;
 Y si erró, fue como mozo
 Ignorante del pecado.

„¡O España, cuanto pierdes,
 Pues tal señor te ha faltado!

Llorarás con gran razon
 Infante tan señalado.

„Muerto es el mejor hombre
 Que en su linage es hallado,
 De los Grandes muy temido,
 De los menores amado.

„¡O muerte, quanto lastimas
 Á este rey desdichado!
 Los suyos, que lo han oido,
 Uno, que era mas privado,

Atreviése al rey, y dijo:
 „Rey, serás mal contado
 Haber tan grande pesar
 Por nuestro hijo Don Sancho.

„Creedme que si lo saben
 Los que son al vuestro mando,
 Que los perderedes todos,
 Y nadie querrá ayúdaros;

„Tomarán contra vos ira
 En ver que vos ha pesado.
 El rey con alegre rostro,
 Su pasion disimulando,

Dijo: „No lloraba yo
 Á mi querido Don Sancho;
 Mas lloro el caso mezquino
 De que, pues él es finado,

„Nunca cobraré mis reinos
 Que Don Sancho me ha tomado;
 Pues tan grande será el miedo
 Que tomarán mis vasallos,

„Los que tienen mis castillos,
Que contra mí se han alzado,
Por el gran yerro que hicieron,
Que no podrán ser cobrados.

„Cobráralos facilmente
Del Infante, y no de tantos.“
Con esto encubrió el pesar
Que su hijo le ha causado.

Don Sancho cobró salud,
El rey mucho se ha alegrado.
Estando el rey en Sevilla,
Crecido mal le había dado.

Muy cercano es á la muerte;
Á todos ha perdonado,
Á aquellos que mal urdieron,
Por do fuese maltratado.

Recibió el cuerpo de Dios
Como muy devoto y sabio;
Falleció de aquesta vida,
Fue por todos muy llorado.

Enterráronlo en Sevilla
Junto á Don Fernando el Santo,
Su padre, que la ganó
De Moros como esforzado.

216.

Pasa de allende el mar á España Abenyuca, rey pagano, con numerosa hueste. Salenle los Cristianos al encuentro. Embiste con los infieles el arzobispo de Toledo con imprudente precipitacion, y queda vencido y muerto, cortándole la cabeza los Moros vencedores. Don Lope Diaz llega despues, y pelea; pero la victoria no es de uno ni de otro bando. Cóbrase el cuerpo del arzobispo sin la cabeza.

Temerosa era Castilla,
Leon era alborotado;
Todos los reinos de España
Están con muy gran cuidado.

Por las nuevas que han sabido
De Abenyuca, rey pagano,
Que con su muy gran morería
Es de allende acá pasado,
Y que crecidos males

Tiene hechos en Cristianos.
Con esfuerzo se aperciben
Como valientes hidalgos,

Para ir á la frontera
Contra el Moró renegado.

Arzobispo de Toledo,
Aqese Infante Don Sancho,

Hijo del rey de Aragón,
Que ha sabido el pasado,
Apercibiera sus gentes,
Las de á pie y las de á caballo,

Con gentes de Talavera
Y Toledo, su obispado;
Gualajara, Madrid
Vinieran á su llamado.

El arzobispo animoso
Á Jaen había llegado;
Alli espera caballeros,
Que todos no son llegados.

Un fraile de Calatrava
Comendador es de Martos,
Llamado Alfonso García.
Al Infante ha revelado

Que de Martos y su tierra
Aquesos Moros malvados
Llevaban muchos cautivos,
Muy gran presa de ganados;

Y que de correr la tierra
Estaban todos cansados;
Y que, si él á ellos fuese,
Les habrá ganado el campo.

Y que volviera la presa,
Y les haría gran daño,
De que Dios sería servido,
Y lo perdido ganado.

El arzobispo animoso
Á sus gentes ha mandado
Que se aperciesen todas
De sus armas y caballos.

Camina toda la noche,
Fue llegado un Torre el campo;
Á él vino un caballero,
Sanduera es su vasallo.

Díjole al arzobispo:
„Señor, nos acuiteis tanto,
Que los Moros eran muchos,
Veinte hay para un Cristiano.

„Grandes capitanes traen,
Dos caballeros, hermanos
De aqueso rey de Granada,
Con otros muy esforzados.

„Esperad á Lope Diaz,
Que de Viscaya es llegado;
En Jaen está esta noche,
Aqui será muy priado.“

Alonso García el fraile
Con semblante de enojado
Dijerale al arzobispo:
„Señor, es vuestro criado

„Como el mal encantador,
Que quier con agena mano
Sacar la culebra viva
De donde está en el forado.

„Don Lope Diaz viene agora
Con poca gente en su cabo,
Y no llegará tan presto.
Vos estais aparejado

„Con todas vuestras compañías;
Y si quereis aguardarlo,
Vos venceredes los Moros,
Vencedor será él llamado.

„Para vos tomad esta honra,
No la haya otro ganado.“
„Señor, por dicho de un hombre
Sanduera ha replicado,

„No querades vos mover
Y poner á tanto daño,
Como á vos puede venir
Por ser mal aconsejado.“

Pero el comendador
Tanto le habia incitado,
Que le hizo ir adelante,
Que fuera bien excusado.

Topado habian con los Moros,
Que habían corrido el campo,
Y con todos los captivos
Que llevan y los ganados.

Enderezan contra ellos,
Á Santiago invocando;
Vuelta es muy gran batalla
Entre Moros y Cristianos.

Animálos el Infante
Como valiente esforzado;
Todos los suyos pelean
Con muy esforzada mano.

Los Cristianos son vencidos,
Y el arzobispo sagrado,
Porque los Moros son muchos,
Mas que Cristianos doblado.

Preso es el arzobispo,
Preso y muerto es su bando;
Desndáronle las armas,
Sin vestido lo han dejado.

Gran debate hay en los Moros
Sobre cual lo habrá llevado
Á Abenyuca, rey moro,
Que allí los había enviado.

Gran pelea estaba armada;
Mas un Moro muy malvado,
Llamado Avea Matar,
Dió de espuelas al caballo.

Fuese para el arzobispo,
Una azagaya en su mano;
Dióle por cima del hombro,
En el cuerpo el hierro ha entrado.

Derribólo en tierra muerto,
Y él muy grandes voces dando,
Diciendo: „¡No quiera Alá
Que por un perro cristiano
Se maten tan buenos hombres,
Como aquí se han juntado!“

Cortado le ha la cabeza,
La mano le había cortado,
Do tenía puesto el anillo;
El cuerpo allí lo han dejado.

Don Lope Díaz y los suyos
En Ecija son entrados,

Do supo que el arzobispo
Con la gente de su bando

Era ido contra Moros.
Él va siguiendo su rastro,
Llegó do fue la batalla;
Gran gente le había llegado

De los que escaparon de ella,
Los Moros los acosando.
Don Lope Díaz, que los vido,
Sus gentes ha concertado.

Los Moros llegaron cerca,
Y también se habían parado;
Delante traían la cruz
Que al obispo habían tomado.

Don Lope por ganarla,
Los Moros la defensando,
Grandes feridas se dieron,
Muchos la muerte cobrando.

Don Lope cobró la cruz,
Á su alfez le han matado.
Lleváronle su pendon,
Y Don Lope por cobrallo

Entre los Moros se mete;
Firiéndolos va y matando.
La noche los despartió,
Y subiéronse á un collado.

Los Cristianos y los Moros
La noche allí la han pasado.
Otro día de mañana
Cada uno por su cabo

Se apartó de la batalla.
Los Moros con lo robado
Siguiéron por su camino;
Don Lope Díaz ha tornado

Adó fuera la batalla,
Y entre los muertos hallado
Fue el cuerpo del arzobispo
Sin la cabeza, ni mano.

Cobrado lo habían despues
De los que lo habían llevado,
Enterróse con el cuerpo,
En Toledo se ha enterrado.

217.

Reconvenciones ásperas del rey de Castilla al duque de Arjona por sus malos hechos, y mandamiento de prenderle, que se ejecuta.

En Arjona estaba el duque,
Y el buen rey en Gibraltar;
Envióle un mensagero
Que le viniese á hablar.

„Que les bebiades el vino,
Y les comiades el pan;
Que les tomáis la cebada
Sin se la querer pagar.“

Mal aventurado el duque
Vino luego sin tardar;
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.

„Quien os lo dijo, buen rey,
No os dijera la verdad.“
„Llámame mi camarero
De mi cámara real

Hallaba las mesas puestas
Y aparejado el yantar;
Y desque hubieron comido,
Vanse á un jardín á holgar.
Andándose paseando,
El rey comenzó de hablar:

„Que me trajese unas cartas
Que en mi barjoleta están.
Védeslas aquí, el duque;
No me lo podeis negar.“

„De vos, el duque de Arjona,
Grandes querellas me dan
Que forzades las mugeres
Casadas y por casar;

„¡Preso, preso, caballeros,
Preso de aqui lo llevad!
¡Entregadlo al de Mendoza,
Ese mi alcaide el leal!“

218.

Teniendo el santo rey Don Fernando cercada y en aprieto á Gibraltar, sale de allí un Moro viejo y sabidor que le declara que á su poder cede todo.

Cuando el rey Fernando cuarto
Puso cerco á Gibraltar,
Y de morir ó tomalla
Juró en un libro misal:

Despues que le dió el asalto
Por la tierra y por la mar,
Y se le rendió á partido
El castillo y la ciudad,

Salió de ella un Moro viejo,
 Bien de cien años de edad,
 Preguntando por el rey,
 Para hablarle en puridad.

Fincó en tierra los hinojos,
 Mándole el rey levantar;
 Desta suerte dijo el Moro,
 Bien oireis lo que dirá:

„Yo viví ledo en Sevilla
 Por largos años en paz,
 Cuando el ínclito Fernando
 Nos la vino á conquistar.

„De allí me vine á Jerez,
 Donde á la saña real

De Alfonso, tu sabio abuelo,
 Resistir pudimos mal.

„Á Gibraltar elegí
 Despües, Señor, por lugar
 El mas fuerte que tenían
 Los Moros de aquen del mar,

„Donde á tu fuerza y desdenes
 Oponerse es por demas.
 Si la sigues con denuedo,
 Término estrecho la dan
 Los límites de la tierra,
 Tanto has de señorear.

„Pon mientes en lo que digo,
 Porque así acontecerá;
 Que á un Moro gran sabidor
 Se lo oí profetizar.“

Cuentan que en efecto, cuando el rey Don Fernando de Castilla ganó la fortaleza de Gibraltar, uno de los Moros, que de ella lanzado salia para África, hubo de hacerle un discurso por el estilo que aqui se refiere. Este mismo rey fue quien suprimió en España la órden de los templarios, sobre lo cual no he hallado romance alguno, acaso porque los poetas compositores de romances quisieron ocultar un accidente que lo fue de razon de estado, no siendo los templarios por otra parte queridos de los pueblos. **D.**

ROMANCES SOBRE DON PEDRO EL CRUEL.

219.

Cuenta el maestre de Santiago Don Fadrique haberle mandado llamar su hermano, el rey Don Pedro el Cruel, y el recibimiento que le hace con visos de intentar quitarle la vida. Refiere en seguida el poeta la muerte dada al maestre y los insultos hechos á su cadáver.

Yo me estaba allá en Coimbra, Ahogáraseme un page
Que yo me la hube ganado, De los mios mas privado.
Quando me vinieron cartas

Del rey Don Pedro, mi hermano, Criado era en mi sala,

Que fuese á ver los torneos Y de mí muy regalado.

Que en Sevilla se han armado. Á todas estas desdichas

Yo, maestre sin ventura, Á Sevilla hube llegado.

Yo, maestre desdichado, Á la puerta Macarena

Tomara trece de mula, Encontré con un ordenado,

Veinte y cinco de caballo, Ordenado de evangelio,

Todos con cadenas de oro, Que misa no habia cantado.

Y jubones de brocado.

„¡Manténgate Dios, Maestre!

Jornada de quince dias ¡Maestre, bien seais llegado!

En ocho la habia andado. Hoy te ha nacido un hijo,

Á la pasada de un rio, Hoy cumple veinte y un año.

Pasándole por el vado,

„Si te pluguiese, Maestre,

Cayó mi mula conmigo, Volvamos á baptizallo;

Perdí mi puñal dorado, Que yo seria el padrino,

Tú, Maestre, el ahijado.“

Alli hablara el maestro,
 Bien oireis lo que ha hablado:
 „No me lo mandeis, Señor
 Padre, no queráis mandallo;

„Que voy ver que me quiere
 El rey Don Pedro, mi hermano.“
 Dí de espuelas á mi mula,
 En Sevilla me hube entrado.

Desde no ví tela puesta,
 Ni ví caballero armado,
 Fuime para los palacios ¹⁾
 Del rey Don Pedro mi hermano.

En entrando por las puertas,
 Las puertas me habian cerrado.
 Quitáronme mi espada,
 La que yo traía á mi lado.

Quitáronme mi compañía,
 La que me habia acompañado.
 Los míos, desde esto vieron,
 De traicion me han avisado;

Que me saliese yo fuera,
 Que ellos me pondrian en salvo.
 Yo como estaba sin culpa,
 De nada hube curado.

Fuime para el aposento
 Del rey Don Pedro, mi hermano.
 „Manténgaos Dios, el buen rey,
 Y á todos de cabo á cabo!“

„¡En mal hora vengais, Maestro!
 Es por fuerza ó por mandado,
 Vuestra cabeza, Maestro,
 Mandada está en aginaldo.“

„¿Porqué es aqueso, buen rey?
 Nunca hice desaguizado,
 Ni os dejé yo en la lid,
 Ni con Moros peleando.“

„¡Venid acá, mis porteros,
 Hágase lo que he mandado!“
 Aun no lo hobo bien dicho,
 La cabeza le han cortado.

Á Doña María de Padilla
 En un plato la ha enviado.
 Así hablaba con ella,
 Como si estuviera sana; ²⁾

Las palabras que le hizo
 Desta suerte está hablando:
 „¡Aqui pagáreis, traidor,
 Lo de antaño y lo de ogaño,

„El mal consejo que diste
 Al rey Don Pedro, tu hermano!“
 Asíóla por los cabellos,
 Echado se la ha á un alano.

El alano es del maestro;
 Púsola sobre un estrado;
 Á los aullidos que daba
 Atronó todo el palacio.

Alli demandara el rey:
 „¿Quien hace mal á ese alano?“
 Alli respondieron todos,
 Á los cuales ha pesado:

„Con la cabeza lo ha, Señor,
 Del maestro, vuestro hermano.“
 Alli hablara una su tia,
 Que tia era de entrambos:

1) Partime para el alcázar.

2) Cual si viva hubiera estado.

„¡Cuan mal lo mirastes, rey!
 ¡Rey, que mal lo habeis mi-
 rado!
 ¡Por una mala muger
 Habeis muerto un tal her-
 mano!“

Aun no lo habia bien dicho,
 Cuando ya le habia pesado.
 Fuese para Doña María,
 Desta suerte le ha hablado:

„¡Prendedla, mis caballeros!
 ¡Ponédmela á buen recaudo!
 Yo le daré tal castigo
 Que á todos sea sonado.“

En cárceles muy oscuras
 Allí la habia aprisionado.
 Él mismo le da á comer,
 Él mismo con la su mano;
 No se fia de ninguno
 Sino de un page que habia criado.

Aqui empieza la serie de romances tocante á Don Pedro el Cruel. En este primero está hecha la narracion con mas artificio que en otros muchos, y sin embargo en él está el estilo ó tono popular bien sostenido. La historia solo cuenta que Don Pedro mandó matar á su hermano en Sevilla por desconfianza de él. Lo que añade el poeta, aumenta el empuño de los afectos en la accion. Se ve que primero cuenta Don Fadrique su viage á Sevilla, adonde iba convidado por su hermano á asistir á un torneo, y que un eclesiástico á la puerta de la ciudad se encuentra con él y le intenta detener, valiéndose de burlas y donaires. No deja por eso el maestro de seguir apresurado su camino al palacio ó alcázar, donde separándole de su comitiva, es muerto violentamente, y su cabeza llevada á la sanguinaria María de Padilla. Al referir la muerte de Don Fadrique vuelve el poeta á aparecer en propia persona, y continúa su narracion en tono no menos vivo que al empezar, repitiendo de cuando en cuando, para despertar la atencion, la fórmula usada en los romances mas antiguos:

Bien oíreis lo que ha hablado,
 asi como se lee en las coplas ó cántigas francesas antiguas:

Or oyez, bonnes gens. D.

220.

Quejase Doña Blanca, princesa francesa y esposa del rey Don Pedro el Cruel, presa en Sidonia, del mal tratamiento que recibe de su feroz marido, perdido de amores por Doña María de Padilla.

Doña Blanca está en Sidonia
Contando su historia amarga.
Á una dueña se le cuenta
Que en la prision la acompaña.

„De Borbon, dice, soy hija,
De Carlos Delfin cuñada,
Y el rey de la Flordelis
Pone en su escudo mis armas.

„De Francia vine á Castilla;
!Nunca yo dejara á Francia!
Y al tiempo que la dejé
!El alma al cuerpo dejara!

„Però si pueden desdichas
Venir á ser heredadas,
Segun desgraciada soy,
Hija soy de la desgracia.

„Caséme en Valladolid
Con Don Pedro, rey de España;
El semblante tiene hermoso,
Los hechos de tigre hircana.

„Dióme el sí, no el corazon;
Alevosa es su palabra.
Rey que la palabra miente
¿Que mal habrá que no haga?

„Posesion tomé en la mano,
Mas no la tomé en el alma;

Porque se la dió primero
Á otra mas dichosa dama,

„Á una Doña María,
Que de Padilla se llama,
Dejando su misma esposa
Por una manceba falsa.

„Por consejo de los Grandés
Le ví una vez en mi casa;
Ocho dias estuvo en ella,
Cien mil ha que della falta.

„Caséme en dia aciago,
Martes fue por la mañana;
Y el miércoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.

Díle una cinta á Don Pedro
De mil diamantes sembrada,
Pensando enlazar con ella
Lo que amor bastardo enlaza.

Húbola Doña María,
Que cuanto pretende alcanza;
Entrególa á un hechicero
De la hebrea sangre ingrata.

Hizo parecer culebras
Las que eran prendas del alma;
Y en este punto acabaron
La fortuna y mi esperanza.

221.

Lamentos de la reina Doña Blanca en su cautiverio y desventura.

En un oscuro retrete,
Adonde del sol los rayos
No llegan, porque lo impiden
Las paredes del palacio,

Contemplando en sus desdichas
Está una Blanca, que es blanco
Adonde tiran los tiros
Que arroja un rey inhumano.

Y entre las lóbregas redes,
Que por balcones dorados
Le sirven á la que un tiempo
No hacia de balcones caso,

Con el eco que las voces
Le arrojan de cuando en cuando,
Como si viviente fuera,
Así se está razonando:

„¡ Que breves son los contentos
Que ofrece á sus aliados
Aqueste mundo caduco,
Todo de espinas cercado!

„¡ Los pesares, las tristezas,
Los males y los trabajos

Que largos y que sin fin
Á quien lo ha experimentado!

„Ayer reinando me vi
Con gloria, pompa y estado,
Y hoy, para que me consuele,
Apenas tengo un vasallo.

„Ayer el mundo era poco,
Y hoy le miro tan sobrado,
Que en este retrete oscuro
La muerte estoy aguardando.

„Tragedia fue mi reinar,
Y así reiné en el teatro;
Mas ya del reino desnuda,
¿Porqué me entré en vestuario?

„Moneda estimaba he sido,
Y ya tan poquito valgo,
Que soy blanca, que es moneda
De quien se hace menos caso.

„Ya se marchitó mi flor,
Ya se volvió en lirio cardeno,
Porque el sol del rey me ha herido
Con sus muy ardientes rayos.“

Este romance está lleno de pensamientos demasiado adelgazados ó, como llamaban los Españoles del siglo XVII., conceptuosos. De él se hizo una imitación, en la cual lo afectado y sutil de las ideas y de las expresiones está todavía mas extremado. La imitación empieza así:

En un retrete, en que apenas
Se divisan las paredes,
Porque su lóbraga luz
Á la oscuridad excede, etc.

D.

Tampoco está esento de afectacion y conceptos el romance anterior, señalado aqui con el número 220, obra asimismo moderna.

Pero en el 221, son mayores las faltas y menos las perfecciones, que en el otro abundan, no obstante sus defectos, siendo fluido y sonoro en la versificación, y en los afectos tierno. **A. G.**

222.

Doña María de Padilla requiere al rey Don Pedro, su enamorado, que mande matar á Doña Blanca, su muger. Hácelo así el rey; pero se niega á ejecutar su mandamiento un caballero. Encárgase de la orden y la cumple un montero de maza. Tristes quejas de la reina al llegarle la hora de la muerte.

No contento el rey Don Pedro. Movieron al ciego rey
De tener aprisionada. Las halagüeñas palabras
Á Doña Blanca de Sidonia. Que la matrona le dice
Sin razon, ni justa causa, Fingidas y bien lloradas.

Á petición de Padilla. Para su casa se fue,
Bella tigre de la Hircania, Y una diabólica traza
Permite el rey que la reina. Dió luego, en llegando á ella,
Acabe su vida amarga. Dañosa á su vida y alma.

La cual le dice: „Señor,
Si vale vuestra palabra,
Ya es tiempo que me cumplais
La que á mi me teneis dada.

„Mediante ¹⁾ la cual me hubiste;
Viviendo en mi casa honrada,
Y codiciada de muchos
Señores de vuestra España.

„Distesme nombre de amiga,
Con que el vulgo me disfama;
Pues por deshonra me dicen
Que solo el nombre me basta.

„Y hubiera ya de bastar;
Que estoy de hijos cargada
Vuestros, que porque lo son,
Vivo yo tan deshonrada.“

Á un su privado le dice
Que luego al punto se parta
Á Sidonia á toda priesa,
Y que mate á Doña Blanca.
El hidalgo le responde:
„No es justo que yo tal haga;
Pues quien á la reina ofende,
Ofende al rey y á su fama.“

Enfadado el rey de aquesto,
Manda á un montero de maza
Que vaya y mate á la reina,
Si quiere estar en su gracia.

El villano otorgó luego;
Que siempre en villanos se halla
Un vil acometimiento
Y una obra infame y baja.

1) Mediante.

Llegado que fue á Sidonia,
 Á la reina le declara
 El mandado que traia,
 La cual responde turbada:

„O rey cruel, injusto,
 Rey severo y tirano,
 ¿Como tal crueldad
 Permites inhumano?

„El cielo te castigue,
 Y Dios ponga su mano
 En remediar mi alma,
 Por quien humilde clamo.

„Y pido te perdone
 Tan grande desconcierto;
 Y que se olvide el siglo
 De tal agravio y tuerto.

„Y tú, que eres mandado
 Del rey, cesa tu oficio;
 Desta doncella casta
 Haz pronto el sacrificio.

„Pues tal me hallo agora,
 Cual me parió mi madre;
 ¡Y o nunca me enviara,
 Cual me envió mi padre.

„Á ser del rey severo
 No nnger sino esclava,

Y tal que en mí la suma
 De desgracias se acaba!

„O Francia, dulce patria,
 ¿Porqué no me tuviste,
 Cuando á sufrir á España
 De tí salir me viste?

„De aquesta no me quejo,
 Pues que sus naturales
 Contino, como es justo,
 Han sentido mis males.

„Empero el rey permite
 Á pesar de Castilla
 Muera su muger propia,
 Por dar gusto á Padilla.

„Y pues veo es en vano
 Mi queja y lamentar,
 Me tenga de su mano
 Quiero á Dios suplicar.“

Con esto acabó la reina
 Sin ventura y desdichada
 Su vida, quedando virgen
 De poca edad malograda.

Y por ser tan de improviso,
 Fue su muerte bien llorada
 En general de sus gentes,
 Por ser de todos amada.

Este romance moderno tiene mérito seguramente no corto. En él se ve una muestra de la introduccion para los discursos de otro metro que el usado en los romances y empleado en la narracion. Las estrofas desde: ¡O rey cruel, — tirano, están en versos de siete sílabas (llamados en España Anacreónticos) y aconsonantados. A. G.

223.

Prometé Don Pedro el Cruel á Doña Maria de Padilla la muerte de Doña Blanca. Iñigo Ortiz no obedece la orden de matarla dada por el rey. Ejecútala un ballestero de maza, y la reina lleva su triste suerte con gran mansedumbre.

„Doña Maria de Padilla,
No os me mostreis triste vos;
Que si me casé dos veces,
Hicelo por vuestra pro.

A que ordeneis vuestra alma
Con aquel que la crió;

„Y por hacer menosprecio
Á Doña Blanca de Borbon,
Á Medina Sidonia envió
Á que me labre un pendon.

„Que vuestra hora es llegada,
No puedo alargalla yo.“

„Será el color de su sangre,
De lágrimas el labor.
Tal pendon, Doña Maria,
Yo lo haré hacer para vos.“

„Amigo, dijo la reina,
Mi muerte os perdono yo.

Y llamara á Iñigo Ortiz,
Un excelente varon;
Dijole fuese á Medina
Á dar fin á tal labor.

„Si el rey, mi señor, lo manda,
Hágase lo que ordenó.

Respondiera Iñigo Ortiz:

„Aqueso no haré yo;
Que quien mata á su señora,
Hace aleve á su señor.“

Confesion no se me niegue,
Si no, pido á Dios perdon.“

El rey de aquesto enojado
Á su camara se entró,
Y á un ballestero de maza
El rey entregar mandó.

Sus lágrimas y gemidos
Al macero enterneció.

Aqueste vino á la reina,
Y hallóla en oracion.

Quando vido al ballestero,
La su triste muerte vió.

Con la voz flaca temblando;
Esto á decir comenzó:

„¡O Francia, mi noble tierra,
O mi sangre de Borbon,
Hoy cumplo decisiete años,
En los deocho voy!

Aquel le dijo: „Señora,
El rey acá envió

„El rey no me ha conocido,
Con las vírgines me voy;
Castilla, di: ¿qué te hice?
No te hice traicion.

„Las coronas que me diste
De sangre y suspiros son;
Mas otra terné en el cielo
Que será de mas valor.“

Y dichas estas palabras,
El macero la hirió;
Los sesos de su cabeza
Por la sala los sembró.

La conducta de Don Pedro respecto á la princesa francesa Doña Blanca, su muger, floreciente en juventud y hermosura, y venida á España á celebrar su casamiento, cuando solo contaba 15 ó 16 años en el de 1353, fue una de las injusticias que mas mella hicieron en el ánimo de los pueblos, y de las que se propagan por la tradicion durante largos dias. Hizo poco caso el cruel monarca de aquella princesa tan jóven, y luego la encerró en Medina Sidonia, para entregarse mas á su sabor completamente á amoríos adúlteros, siendo su principal pasion á Doña María de Padilla, la cual cobrando sobre el grande imperio, concluyó por conseguir de su voluntad que se diese muerte á la reina cautiva. No ha dejado la poesia popular de tentar de diversos modos tan trágico argumento. **D.**

La tradicion supone que Don Pedro con razon ó sin ella, acaso por calumnias de sus mancebas, hubo de sospechar tratos amorosos entre la reina y su hermano bastardo Don Fadrique, maestro de Santiago, de donde resultó que ambos murieron por su mandamiento. Sobre esto han escrito algunos poetas y novelistas modernos asi españoles como extrangeros, aunque quizá sea patraña, como lo es sin duda, el cuento de los amores de Isabel de Valois, muger de Felipe II., y de Don Carlos, su hijo, aunque sobre él vayan fundadas tan hermosas obras como las tragedias de Alfieri y Schiller, y el Panteon del Escorial de Quintana. Llorente en su Historia de la Inquisicion, no obstante ser autor nada amigo de Felipe II., pone bastante en claro este punto que ya habia aclarado algo en su prolija y pesada obra el Italiano Gregorio Leti (Vida de Felipe II.). **A. G.**

224.
Refere el rey Bermejo de Granada como vino á ponerse en poder de Don Pedro el Cruel, llamado por él, y la falsia con que fue recibido, y el mal trato que llevó. En seguida cuenta el poeta la crueldad con que Don Pedro mató por su mano al rey moro, y mandó hacer lo mismo con treinta y seis de su comitiva.

„Día fue muy aciago,
¡Ay cual alma me lo daba!

Cuando partí de mi reino
Y del Alhambra, mi casa,

„Con trecientos de mis Moros,
Todos eran de mi guarda;

Y entre ellos uno escogido,
Que Don Edriz se llamaba.

„Hijo es de Ozmin el Bravo,
Muy-aventajada lanza,
El que prendió á los Infantes
En la Vega de Granada.

„Yo tomé todas mis joyas Á mi y á mis caballeros
 Para al rey Don Pedro dallas; Los que estaban á la tabla
 Y llegando á una villa Y nos prenden con desmesura,
 Que veana se nombraba, Y las joyas nos quitaban.
 „Y á Gutierre de Toledo Á mi y á todos los míos
 En ella me encomendara; Meten en la Tarazana.
 Roguéle que me llevase Y
 Donde el rey Don Pedro estaba. „Y luego dende á dos días,
 „Al prior le plació dello, Un mártes en la mañana,
 Y al rey me presentara; Sacáronme sobre un asno
 Dijo: „¡Dios te salve, el rey, Con mi ropa de escarlata
 Y ensalce corona y fama! „Á un campo que se decia
 „Yo me pongo en la tu mano, El campo de la Tablada.
 Ruégote que ella me ayala; Allí vino el rey Don Pedro
 Que mi hermano Mahomad En un caballo con lanza.
 Se me ha entrado por Granada. „Treinta y siete buenos Moros,
 „Si tú me vales, el rey, Que vinieron de Granada,
 Siempre yo te daré parias.“ Hizo luego hacer pedazos,
 Respondióle el rey Don Pedro, Á ninguno perdonara.
 Mostrándole alegre cara: „Y llegando al rey Bermejo,
 „Seais bien venido, rey, Dióle una mortal lanzada,
 Reposad en la mi casa; Diciendo: „¡Toma, alevoso!
 Que la ayuda que es posible Que jamas se me olvidará
 Jamas os será negada. „Que hice una pleitesía
 „Mandáronme aposentar Con el rey de Aragon mala
 En una buena posada; Por tí, do perdí el castillo
 Don García de Toledo De Ariza y su comarca.“
 Á cenar me convidara. Respondiérale el rey moro
 „Estando con él comiendo, En su lengua estas palabras:
 Entró mucha gente armada; „Rey Don Pedro, rey Don Pedro,
 Hecho has corta cabalgada.“

225.
Pelea á brazo partido el rey Don Pedro con su hermano bastardo, Don Henrique de Trastamara. Cae el rey encima; pero un page de Don Henrique los vuelve, y quedando ya debajo el rey, muere asesinado.

Los fieros cuerpos revueltos	Que ambos vinieron al suelo,
Entre los robustos brazos,	Y Enrique cayó debajo.
Está el cruel rey Don Pedro	Viendo el page á su señor
Y Don Enrique, su hermano.	En tan peligroso paso,
No son abrazos de amor	Por detras al rey allega,
Los que los dos se están dando;	Reciamente dél tirando,
Que el uno tiene una daga,	Diciendo: No quito rey,
Y otro un puñal acerado.	Ni pongo rey de mi mano;
El rey tiene á Enrique estrecho,	Pero hago lo que debo
Y Enrique al rey apretado,	Al oficio de criado.
Uno en cólera encendido,	Y dió con el rey de espaldas,
Y otro de rabia abrasado:	Y Enrique vino á lo alto,
Y en aquesta fiera lucha	Hiriendo con un puñal
Solo un testigo se ha hallado:	En el pecho del rey falso,
Page de espada de Enrique,	Donde abueltas de la sangre
Que de afuera mira el caso.	El vital hilo cortando,
Después de luchar vencidos,	Salió el alma mas cruel
¡O suceso desgraciado!	Que vivió en pecho cristiano.

226.
Recien asesinado Don Pedro el Cruel por Don Henrique, conde de Trastamara, su hermano bastardo, se muestran diversos y contrarios afectos por los parciales del vencedor y por los del vencido, haciéndose reflexiones sobre la atroz hazaña, y sonando ya aclamaciones de victoria, y ya lamentos.

Á los pies de Don Henrique	Que aun allí no está seguro
Yace muerto el rey Don Pedro	De aquel invincible cuerpo.
Mas que por su valentía	Riñeron los dos hermanos,
Por voluntad de los cielos.	Y de tal suerte riñeron
Al envainar el puñal	Que fuera Cain el vivo,
El pie le puso en el cuello;	Á no haberlo sido el muerto.

Los ejércitos movidos
 Á compasion y contento,
 Mezclados unos con otros,
 Corren á ver el suceso,
 Y los de Henrique
 Cantan, repican, y gritan:
 „¡Viva Henrique!“
 Y los de Pedro
 Clamorean, doblan, lloran
 Su rey muerto.
 Unos dicen que fue justo,
 Otros dicen que mal hecho;
 Que el rey no es cruel, si nace
 En tiempo que importa serlo,
 Y que no es razon que el vulgo
 Con el rey entre á consejo
 Á ver si casos tan graves
 Han sido bien ó mal hechos;
 Y que los yerros de amor
 Son tan dorados y bellos
 Quanto la hermosa Padilla
 Ha quedado por ejemplo;
 Que nadie verá sus ojos,
 Que no tenga al rey por cuerdo,
 Mientras como otro Rodrigo
 No puso fuego á su reino.
 Y los de Henrique etc.
 Los que con animos viles
 Ó por lisonja, ó por miedo,
 Siendo del bando vencido,
 Al vencedor signen luego,
 Valiente llaman á Henrique
 Y á Pedro tirano y ciego,
 Porque amistad y justicia
 Siempre mueren con el muerto.
 La tragedia del maestre,
 La muerte del hijo tierno,
 La prision de Doña Blanca
 Sirven de infame proceso.
 Algunos pocos leales
 Dan voces, pidiendo al cielo
 Justicia, pidiendo al rey;

Y mientras que dicen esto,
 Los de Henrique etc.
 Llora la hermosa Padilla
 El desdichado suceso
 Como esclava del rey vivo
 Y como viuda del muerto:
 „¡Ay Pedro, que muerte infame
 Te han dado malos consejos,
 Confianzas engañosas
 Y atrevidos pensamientos!“
 Salió corriendo á la tienda,
 Y vió con triste silencio
 Llevar cubierto su esposo
 De sangre y de paños negros;
 Y que en otra parte á Henrique
 Le dan con aplauso el cetro.
 Campanas tocan los unos,
 Y los otros instrumentos,
 Y lós de Henrique etc.
 Como acrecienta el dolor
 La envidia del bien ageno.
 Y el ver á los enemigos
 Con favorable suceso.
 Asi la triste señora
 Llora y se deshace, viendo
 Cubierto á Pedro de sangre,
 Y á Henrique de oro cubierto.
 Echó al cabello la mano,
 Sin tener culpa el cabello,
 Y mezclando perlas y oro,
 De oro y perlas cubrió el cuello.
 Quiso decir: Pedro, á voces,
 Villanos, vive en mi pecho;
 Mas poco le aprovechó,
 Y mientras lo está diciendo,
 Los de Henrique etc.
 Rasgó las tocas, mostrando
 El blanco pecho cubierto,
 Como si fuera cristal
 Por donde se viera Pedro.
 No la vieron los contrarios,

Y víola invidioso el cielo
 De ver en tan poca nieve
 Un elemento de fuego.
 Desmayóse ya vencida
 Del poderoso tormento,
 Cubriendo los bellos ojos

Muerte, amor, silencio y sueño.
 Entretanto el campo todo
 Aquí y allí van corriendo
 Vencedores y vencidos,
 Soldados y caballeros.
 Y los de Henrique etc.

Este romance es una obra maestra, siendo una animada pintura de la confusión causada por una grande catástrofe, y de los varios efectos que esta produce en los opuestos bandos, y de los afectos que á los diversos parciales animan; y del modo en que los manifiestan. Contribuye cada verso á dar vida y alma á la composición, sirviendo como golpe magistral la repetición del estribillo doble de los vivos á Henrique y las lamentaciones por el rey muerto. No representa mejor Tácito la muerte de un Tiberio ó de un Neron. Bien podría este romance puesto en música con acierto adaptada al asunto producir efectos pasmosos. El tono imparcial que en él reina da á entender que está compuesto largo tiempo despues de la catástrofe que conmemora, cuando los vehementes afectos excitados por tanta tragedia habian de estar ya amortiguados.

Quizá peca de extremado el elogio que hace de este romance el Señor D., quien, como se ve, le mira con entusiasmo. Pero sea extremado ó no, bien merece alguno y no corto la obra que es de las mejores de su clase. En cuanto al tiempo en que fue compuesta, quien entienda bien los estilos y dición y modo de versificar de las diversas épocas de la poesía castellana, habrá de convenir en que es de los últimos años del siglo XVI., cuando ya escribían Lope de Vega y Góngora.

227.

Se ve el rey Don Juan el I. en grande aprieto en una batalla
 contra los Portugueses, yendo de vencida; y habiéndole dejado
 muerto el caballo. Dale el suyo un buen caballero montañés,
 y éntrase á morir lidiando por su rey.

„Si el caballo vos han muerto,
 Subid, rey, en mi caballo;
 Si en pie no os podeis tener,
 Llegad, subiréos en brazos.

„Poned un pie en el estribo,
 Y el otro sobre mis manos;
 Catad que crece el gentío:
 Aunque yo muero, salvaos.